

Adolfo Bioy Casares: Un inigualable inventor de historias

Es inevitable asociar el nombre de Bioy con el de Borges. Inevitable decir que ambos brillan con intensa luz propia. Sin Bioy, sin Borges, sin Cortázar, sin Silvina Ocampo, no puede uno imaginarse mucha de la magia que puebla las letras argentinas y latinoamericanas. Gran inventor de historias, Bioy combina en su estilo la frase lacónica y un humor finísimo. El poeta y ensayista italiano Mario Luzi destacaba el prestigio de Bioy como "inventor de argumentos perfectos" y sus "dotes de refinada ingeniería" literaria (Cronache dell'altro mondo).

En los libros de Bioy se cuentan La invención de Morel, Plan de evasión, La trama celeste, El sueño de los héroes, Guirnalda con amores, Diario de la guerra del cerdo, Dormir al sol.

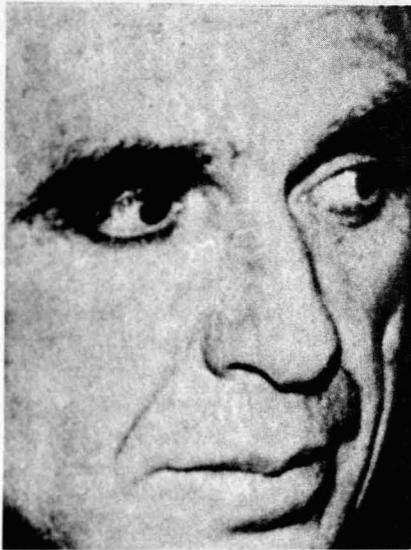
La entrevista se realizó en su departamento de calle Posadas y en un café de La Recoleta. Conocer a Bioy vale un viaje a Argentina.

I

UN MAGO DE LO FANTÁSTICO

En La invención de Morel, en Plan de evasión y en los cuentos de La trama celeste se halla lo que Borges llamó imaginación razonada. Se ha escrito que entonces el inventor superaba al narrador. No hablamos de su obra anterior porque usted ha sido su más severo crítico.

Por eso, porque estaba muy descontento de esa obra anterior, me propuse escribir del modo más simple posible, que se dieran menos ocasiones para el error. Sin embargo diría que se va soltando la mano para llegar a la escritura de



El sueño de los héroes, una mano que está aún muy atada en La invención de Morel y no tanto en Plan de evasión. Y al mismo tiempo que hago ese tránsito hacia una prosa más suelta también me aproximo a los personajes, algo que siempre deseaba, pero que no me sentía en capacidad de lograr en aquellos primeros tiempos. Creo que si tengo un don en tareas literarias es el de la invención de historias. Inventaba desde muy joven. Muy mal al principio, pero por torpe que uno sea, si hace muchas cosas y está descontento de ellas, va encontrando la manera de hacerlas mejor. Eso pasaba en La invención de Morel y en Plan de evasión, pero en El sueño de los héroes ya dejaba entrar más a los personajes como centro de atención. Somos seres humanos y lo que nos interesa es alternar con otros seres humanos, aunque sean de ficción, y éstos son los personajes a los que me he ido acercando a medida que he tenido un poco más de conocimiento de mi arte.

¿Y cómo enlaza lo fantástico con lo cotidiano?

Es condición *sine qua non* que, si no rodeamos lo fantástico de hechos diarios, la narración se vuelve demasiado vaga. Para que sea aceptable debe de haber un ambiente cotidiano que el lector acepte como algo verosímil. Que de pronto esté ese tropiezo de lo fantástico y el lector no sienta que pierde el equilibrio, sino que puede continuar.

¿Y cómo le nace lo fantástico?

Muchas veces he querido contestar esto. Una amiga mía, inteligente y que incluso piensa bien de mí, me dice que respondo con una trampa. Pero no es una trampa voluntaria. No puedo, no sé explicar exactamente por qué se me ocurren esas cosas. Sé que mi mente está acostumbrada a inventar cosas fantásticas y ante un estímulo adecuado nace la historia. Le voy a dar un caso: cómo nació "Historia desafortada". Estaba afeitándome y me repetía una frase que me he repetido muchas veces: "La inteligencia es el arte de solucionar situaciones difíciles". Pensé que se podía dar un pasito más. Pensé que la inteligencia, para un narrador, es el arte de encontrar una salida a situaciones que al parecer no tienen salida. ¿Qué situaciones no tienen salida? El envejecimiento y la muerte. Pensando en eso (un terreno que he recorrido tantas veces) imaginé a un viejo de unos 70 años, alto, que tiene un médico en quien siempre ha creído y al que le pide que le evite envejecer, que trate de postergarle la muerte. Un día el médico le dice que sí, que

tiene manera de solucionarle eso, pero no en forma definitiva y con reacciones tal vez no favorables. Y el viejo le pregunta: "¿Pero no será tan desfavorable como la muerte?" "No, no creo que sea tan desfavorable", le responde. El hombre acepta y el médico le da desfavorablemente una estatura desproporcionada. Era un hombre que de medir 1.80 metros pasa a la calidad de gigante. Como el médico es una persona que cuando está en un diálogo con otra persona cree en la verdad, a un periodista que lo interroga sobre si pensó que podía ocurrir lo que ocurrió, le responde que sí. "¿Y cuál fue su reacción?", "Me hizo gracia". Cuando se entera el gigante se siente traicionado. Él, que confiaba en el médico, se da cuenta de que éste, por lo menos, ha tomado con frivolidad su tragedia. Le habla por teléfono y le dice que por respeto a la confianza que siempre se han tenido lo previene de que lo va a matar. El médico huye a Europa y el gigante lo sigue, pero en un avión de carga, porque no cabe en un avión de pasajeros. Le da alcance y lo mata.

Así se me ocurren de pronto las cosas. Una cosa llega y la necesidad del argumento lo va llevando a uno a la invención.

¿Y de los sueños no le vienen argumentos?

Me venían mucho, pero comprendí, o creí comprobar, que los sueños lo deslumbran a uno, sólo que a los otros no suelen deslumbrarlos. Es un lugar común, pero ocurre así, y no puede uno contar impunemente cuentos que se resuelven con diecisiete disparos. No bastaban los sueños. Me deslumbraban sólo a mí y me daban una seguridad que no merecían. Por eso fracasaba. Por eso desde entonces no cuento sueños, o si los cuento, lo hago con mucha prudencia, tratando de hacerlos aparecer más como invenciones.

Y específicamente la idea del eterno retorno que aparece en La invención de Morel y en El sueño de los héroes...

Y sí, buscando de algún modo la idea de la inmortalidad. Es una buena oferta

para quien busca ésta. O la reencarnación, por ejemplo.

¿Su acercamiento a la literatura inglesa y su gran amistad con Borges influyeron en algo para desarrollar lo fantástico?

Seguramente. Pero también me fui preparando para lo fantástico a lo largo de una vida. De niño me gustaba Pinocho, que era a la vez un muñeco de madera y un ser humano. Me gustaban *Las mil y una noches*. Me gustaban *El hombre invisible* y *El viaje a la luna*, de H. G. Wells, y en especial, ese pasaje donde él se perrecha de las cosas que va a llevar para vivir y comer en la luna.

Cuatro nombres bastarían para ubicar a la literatura argentina como la más rica en América Latina en asuntos fantásticos: Borges, Cortázar, Silvina y Bioy.

Siendo yo uno de ellos difícilmente puedo dar una opinión. Podría encontrar una respuesta menos vanidosa, y quizá más interesante, pero esta es la verdadera: creo que cuatro o cinco escritores son la literatura de un país en un momento determinado, o al menos, un aspecto de la literatura. En ese aspecto bastan los nombres de Borges, Cortázar y Silvina para que la literatura argentina valga.

Con Borges hizo Antología de la literatura fantástica. ¿Cómo fue aquello?

No fue necesario reunir textos; teníamos exceso. Era como si hubiéramos descubierto un día la antología para la que estábamos preparados. Por eso creo que, de todas las colaboraciones con Borges, si yo tuviera que recomendar un libro con amor y con cierta confianza de no defraudar, le regalaría esta antología. La hicimos con gran placer y deslumbrados con la riqueza que teníamos. Puede ser que eso no lo comuniquemos a otros, pero para nosotros fue un deleite pleno.

DE PERSONAJES Y DEL PASO A UNA LITERATURA REALISTA

Los personajes que más aparecen en sus libros son escritores y mujeres.

Los escritores es casi inevitable porque tienen un oficio que más o menos conozco. Es una debilidad mía. Si fuera mejor escritor a lo mejor pondría plomeros, carpinteros o electricistas. Y mujeres también, porque me han acompañado a lo largo de la vida. He pensado tanto en ellas, y cuando uno ha pensado tanto, tiene algo a veces que decir. Sin mujeres la literatura pierde un poco de vida.

En sus narraciones el personaje masculino, el presunto galán o dandy siempre sale un poco maltrecho. Hay como una mancha en el traje, como una desgarradura en el pantalón, como si llegara con un zapato lodoso a una fiesta magnífica.

Soy yo el que escribo y me gustan las mujeres -no quiero decir que sea o haya sido un dandy, aunque a lo mejor me hubiera gustado serlo-, y me parece que la única manera de no ser insoportable es reírse un poco de uno. Tengo además la convicción de que las mujeres de algún modo son un poco menos teóricas que los hombres, están más en la tierra. Uno cree que se está burlando de ellas, que las está engañando, pero saben más que nosotros. Nos ven un poco como niños teóricos y pesados.

En sus personajes femeninos suele haber ligereza y brillantéz.

¿Usted cree?

Bueno, me parece. En sus cuentos, por otro lado, las mujeres son impredecibles. Actúan de tal modo que el personaje masculino queda siempre sorprendido.

Y, claro, la víctima tiene que sentir eso, y yo escribo desde el punto de vista de la víctima. Sería repugnante y ridículo contar las cosas desde el punto de vista del triunfador: "Dejé ésta a la derecha y tres más a la izquierda suplicándome que siguiera con ellas". Es mucho más graciosa la historia cuando el yo es burlado, y se siente como que no comprendió las cosas.

Ése es más o menos el esquema de sus cuentos...

El esquema en el que me siento a gusto

y quisiera pasarle un poco de ese gusto al lector.

Y en ese esquema hay al final la pérdida de la mujer.

Usted sabe que eso lo cantan los tangos y yo he oído desde niño muchos tangos.

Es mucho más rico para la tarea literaria, en posibilidades y conjeturas, la pérdida de la mujer que tenerla.



eso queda para el lector; yo estoy contento porque lo encontré.

Por demás la pérdida lleva a consideraciones de índole metafísica, por ejemplo, el paso del tiempo y la relación con la muerte.

Son preocupaciones mías permanentes. A veces pienso que algún médico un día me va a decir: "Lo leí y hay algo que no quiero decirle a nadie: tengo un reme-

¿Y los argentinos? Usted los parodia a menudo como personajes.

Cuando uno conoce a sus compatriotas se siente tentado a describirlos.

Para mí El sueño de los héroes es su mejor novela. Borges, a su paso por México en el 1978, dijo que era la que prefería de usted.

Yo también. Pero he tratado de no pensar mucho en eso para no estar lamentando no poder inventar otro *Sueño de los héroes*. Uno debe creer que lo mejor es lo que tiene uno en la mente para sentir el entusiasmo de escribir.

¿Y cómo pasó de las narraciones fantásticas a narraciones muy realistas? ¿Se cansó?

No, de ningún modo. Siempre me gustó escribir cosas que se sintieran como reales. Creo que he inventado muchas cosas fantásticas, pero eso no quiere decir que, si mañana o pasado se me ocurre otra buena idea fantástica, no la tome. La "Historia desafortunada" la escribí hace relativamente poco y está en un presente amplio.

En el Diario de la guerra del cerdo se da en novela este tipo de narración cruelmente realista.

Sí, pero vino por casualidad, como pudo haber venido cualquier otra cosa. Creo que he contado varias veces el origen del argumento. A mi hija la habían curado en un sanatorio de las amígdalas y había sido a la hora del almuerzo. Yo me había quedado sin almorzar. Fui a tomar un té a una confitería (café). Vi entonces a un señor que estaba en la otra mesa y tuve como la impresión de que ese señor era calvo y tenía peluca y el pelo teñido. Sus ojos y su dentadura eran postizos. En fin, que todo era postizo en él. Se me ocurrió entonces hacer una suerte de catálogo, de panoplia, de lo que hay para luchar contra la vejez mencionando muchísimas cosas para concluir que no hay defensa alguna contra la vejez. Este ensayo tan estúpido me sugirió que algo podía salvarse de él. Y se me ocurrió es-

Hace unos días una señora me comentaba que no le gustaba ver la televisión porque las historias siempre acababan mal, o si no, eran tontas.

Lo cierto es que es muy difícil hacer que las historias acaben bien y no sean tontas. En cambio, es un poco más difícil hacer que las historias acaben mal y no sean tontas.

Y cuando acaban bien solemos decir: "Eché a perder la historia..."

A mí una vez una psicoanalizada me dijo: "Estoy preocupada contigo. He leído una cantidad de historias tuyas y todas concluyen mal". Y de buena fe yo le dije que no se preocupara, porque cuando encuentro un final, aunque sea triste, ese día me siento estimulado y almuerzo mejor que nunca. A mí no me importa que el final sea triste o alegre;

dio para que sea inmortal". Imagínese lo que sería este mundo sólo con inmortales. Que me haga inmortal como una excepción, a mí y a algún otro, está bien, pero no masivamente.

¿Y cómo se apropia de los personajes?

Mire: yo he sido más un inventor de historias que un creador de personajes, pero siempre me han gustado las personas, y ese interés y amor lo he ido encauzando en mis personajes de ficción. Y tal vez he mejorado un poco en eso.

De los personajes femeninos siempre se recuerda su encanto: algo de Faustine (La invención de Morel), algo de Clara (El sueño de los héroes).

Según Vlady Kociancich, que es una amiga muy querida, yo sólo he creado una mujer como personaje, y es Clara.

cribir un cuento breve parecido a las películas cómicas estadounidenses de los años veinte, en que jóvenes crueles y atléticos perseguían a viejos obesos y cansados por el peso de los años y de ellos mismos, y los mataban. Después pensé que había algo más que decir de lo que podía permitirme ese cuento cruel, porque la tristeza del envejecimiento y el amor a la vida que se pierde, existían en mí. Podía hacer algo más con esa historia si la prolongara. Algunos amigos me han comentado que la hice aún más siniestra, tal vez porque el lector está más tiempo con esa historia un poco horrible de la vejez y de la muerte y de la crueldad de los jóvenes y de la crueldad de la naturaleza, porque los viejos siempre dan un poco de asco. Y de los que he escrito, éste es el libro que me resulta más desagradable.

Habló usted de que en un principio pensaba escribir un cuento y no una novela. ¿Así ha ocurrido con las otras?

Es una excepción. En general sé muy pronto cuándo va a ser un cuento o una novela. Es difícil explicarlo; es una perplejidad que he compartido con otros escritores. Si uno imagina episodios y unos cuantos personajes vívidamente, eso ya no cabe en un cuento.

Tengo la impresión de que es una imagen lo que hace nacer sus cuentos y novelas.

Puede ser. Stevenson decía que en toda narración debía haber dos imágenes vividas, una al comienzo y otra al final, y si eran tres mejor.

BORGES: EL PRIMO AMICO

Usted llevó una amistad ejemplar con Borges.

Pienso que no puedo quejarme de la vida que he llevado, primero, porque he hecho siempre lo que he querido. Desde joven jugaba al tenis, que me gustaba, tuve mujeres, que me han encantado, escribía, leía, y con los años he tenido siempre algo que escribir y leer, y aun, como si fuera poco, tuve la amis-

tad de Jorge Luis Borges, que me acompañó desde el 1932 hasta el funesto año de su muerte en 1986, dándome la felicidad de conversaciones cotidianas, inagotables en su tesoro. Borges tenía siempre ideas nuevas y siempre traía noticias cómicas del mundo. Era una felicidad conversar con él.

“Toda colaboración con Borges vale años de trabajo”, escribió usted en “Libros y amistad” (La otra aventura).

Y así lo he sentido. Claro. La primera colaboración, todo el mundo lo sabe, fue el folleto sobre el yoghurt. Me lo encargaron a mí. Pagaban 16 pesos la página, que en esa época era muchísimo. Le propuse a Borges la colaboración, y aceptó. Fuimos al campo del Rincón Viejo, de mi familia Bioy, en Pardo, en el sur de la provincia de Buenos Aires. Era un invierno duro como éste. La casa era muy grande, porque mi abuelo le agregaba cuartos a medida que nacían sus hijos (fueron 8 varones y 2 mujeres). La casa estaba en ruinas. Había casuarinas que nacían desde el techo, otra parte del techo tenía agujeros, había agujeros en el piso. El cuarto mejor conservado era el comedor, donde había una chimenea, a la que echábamos leña de eucaliptos y tomábamos mate en tacitas o cacao cargadísimo. Y escribíamos sobre el yoghurt, que era un tema más bien aburrido, es decir, justificábamos la leche cuajada con un elogio pseudocientífico y sobre todo comercial. Como nos aburríamos pensábamos en otras colaboraciones más agradables como cuentos o antologías. Hicimos un soneto con *eles*, que no terminamos. Eso pasó en 1937 y pasaron todavía tres años para volvernos a animar (gentes como Borges y yo necesitábamos de un tiempo largo para tomar decisiones). Borges dice que yo le propuse y yo que él me propuso o los dos que los dos nos propusimos, pero lo cierto es que al fin nos decidimos a escribir unos cuentos policiales que tuvieron una narración sobria, un enigma y una solución límpida del enigma. Y nos salió exactamente lo contrario: cuentos barrocos y llenos de bromas. A veces he pensado que fue una lección de humildad. Siempre estamos hablando

de literatura deliberada y escribimos en contra de nuestros propósitos. Y nació entonces un tercer autor, que no era ni Borges ni yo: Bustos Domecq.

¿E Isidro Parodi? ¿Es una derivación de Bustos Domecq? ¿Es una parodia?

Pensamos en un personaje ideal de lo que podríamos llamar un criollo viejo en la Argentina. Ese criollo viejo, en un país de inmigrantes, debería tener obviamente un apellido italiano. Y así,



por un sistema de variantes (que a nadie le aconsejo) llegamos al detective presidario. Un detective que estaba en una celda, sin poder salir. Sólo podía valerse de su inteligencia para resolver los enigmas.

Pese a los 15 años de distancia que lo separaban de Borges ¿no sintieron nunca la diferencia de edad?

Él me hizo sentirme cómodo cuando no lo merecía. A los treinta años, yo sabía que yo era un mal escritor, y él ya era muy bueno. Lo que había en común era el amor a la lectura. Creo que él advirtió eso, que yo era un jovenzuelo muy leído, y que era posible la amistad, pese a que al principio le propuse admiraciones inadmisibles e incompatibles. En Pardo —la estación ferroviaria se llamaba así por el nombre del propietario que donó el terreno— tuvimos una

discusión una noche. Yo era partidario de la libertad absoluta, como la de los dadaístas y los surrealistas. Creí haber ganado esa noche la discusión, pero al día siguiente ya me había pasado al bando de Borges.

AFORISMOS Y LUGARES COMUNES. POESÍA Y CRÍTICA

Guirnalda con amores, ese libro misceláneo, no se parece en nada o muy poco a los anteriores.



En ese tiempo ya sentía muy viciado el sistema de narraciones como *La invención de Morel*, *La trama celeste* y *Plan de evasión*. Yo estaba en Punta del Este, en el Uruguay. Era el otoño. Caminaba solo, no había gente. Pensaba que escribía siempre sobre lo que no entendía. Que no escribía sobre lo que pensaba continuamente, que eran las mujeres y la relación con ellas. Así nació *Guirnalda con amores*, que incluye también algún cuento fantástico.

Y hay también, por ejemplo, aforismos. ¿Cree usted que en el aforismo se da la mayor concentración del pensamiento?

No creo tanto. Creo que el aforismo, para una persona que toma notas como yo, y que ha escrito diarios (los redacté continuamente desde el '46 hasta el '72, hasta hacer —según me informa Daniel Martino, un muchacho que se ocupa de

mis cosas— decenas de miles de páginas), es una conclusión natural. Uno busca cómo llegar a la conclusión de un teorema. Dice algo en el diario con errores, pero luego va corrigiendo los errores. Va naciendo el placer de la frase sentenciosa, que también es un peligro, porque si uno concluye párrafos con efectos al final, se hace una lectura insoportable, que es lo contrario de lo que uno quiere. Uno busca para el lector una lectura que lo lleve tranquilamente.

Usted, tengo la impresión, se ha divertido mucho espigándole a sus compatriotas —como lo hiciera Flaubert en su Diccionario de lugares comunes— obviedades, disparates, absurdos (Diccionario del argentino exquisito).

Es un placer del escritor haragán. El hecho de que las entradas sean breves le permiten a uno hacer alguna broma y concluir con otra. Es un libro con el que fácilmente me puedo enviciar. Seguir inventando otros diccionarios.

Hubo provocadores. Fue un momento en que los políticos y los militares parecían disputarse para ver cuál decía las frases más absurdas o rebuscadas. Buscando dar un poco de higiene social se me ocurrió ese diccionario que naturalmente no tuvo influencia ninguna. Desde luego, al hacerlo, pensaba en el pequeño diccionario de Flaubert.

De continuo en sus textos narrativos aparecen referencias a poetas o poemas o versos sueltos. ¿Cuál ha sido su relación con la poesía?

Me asombran mis colegas que declaran que no leen poesía o dicen que les da pereza. Para mí es exaltación y reposo. La poesía me aleja de las preocupaciones del mundo con algo muy hermoso que está cantando la verdad de las cosas.

¿Cree usted que la gran obra en prosa sólo se alcanza cuando toca los límites de la poesía? El Decamerón, el Quijote, Rojo y negro, Cien años de soledad, Pedro Páramo.

Aun en libros tan alejados de la poesía

como las novelas policiales, lo que puede fascinar es algo que se parece a la exaltación poética.

Usted ha escrito poca crítica. No recuerdo nada más allá de La otra aventura.

Eso fue un poco para hacerme la mano a la nota y al ensayo crítico. Fue saliendo un poco aquí y allá.

¿Y qué le dio al final la literatura?

Fue uno de mis grandes placeres. Casi no me ha dejado tiempo para ser desdichado. A lo largo de los años he estado siempre descubriendo algún libro maravilloso que me ha compensado las dificultades.

Y si no hubiera sido escritor ¿a qué se habría dedicado?

Lo he pensado a veces. No sé qué otra cosa podría haber hecho.

II

REVISTA SUR Y AMISTADES LITERARIAS

¿Cómo fue su relación con la revista Sur, que dirigía Victoria Ocampo?

Bastante periférica. Victoria Ocampo era una excelente mujer y creo que su aporte fue una gran ayuda para nuestras letras y probablemente para el continente. La he releído a últimas fechas y en verdad no está mal esa revista. Pero a ella la rodeaba otro grupo de amigos, otras admiraciones que las nuestras. Borges, Peyrou, Mastronardi, Wilcock, Silvina o yo éramos otro grupo. El caso de Borges era singular. ¿Cómo no iban a aceptarlo! Cuando yo lo conocí, en 1932, era, lo que llaman los franceses, *l'enfant terrible*. Sería eso, pero todo mundo reconocía que era inteligentísimo. Él fue aceptado, pero conmigo era más difícil, porque me casé con Silvina —aunque debo decirle que Silvina tampoco era una seguidora de su hermana. Victoria era una suerte de cacique; se era o no su súbdito. Si lo querían a uno, era como a alguien de quien hay que renunciar. Los

de la casa eran otros, con una excepción: José Bianco, quien pese a ser un pilar de *Sur* y de querer mucho a Victoria, estaba en el fondo más cerca de nosotros que de ella, porque existían mayores afinidades intelectuales.

Me da la impresión de que a Victoria Ocampo le interesaba más el autor extranjero prestigioso con quien podía dejar un testimonio. Basta leer sus libros, por demás, muy vívidos.

Huéspedes de su casa, además. Como Camus o Caillois, por ejemplo. Y eso también la amargó un poco, porque un día se encontró como una empresaria de la literatura más que como una escritora.

Borges me comentó por el 1981 que a Sur le faltó ser más periodística. Pecaba de literaria y del interés por los autores que prefería o dictaba Victoria Ocampo. Nadie discute, desde luego, su importancia.

Su importancia es indiscutible. Basta con un ejemplo: es increíble la cantidad de escritores que me han dicho: "Yo debo mi vocación a la revista *Sur*". No hay duda que acercó a la gente a la literatura.

¿Y quiénes serían sus amistades literarias?

Bueno, yo diría Borges, Silvina, Peyrou, Mastronardi, Bianco, Vlady Kociancich (aunque ella es mucho más joven).

¿Conoció usted a Roberto Arlt?

No, lo conocieron los otros. Yo no, porque cuando él murió yo era un mal escritor que no había llegado al mundo literario.

¿Y usted no tuvo el culto o la afición de Macedonio?

Francamente no. Lo conocí por teléfono. Borges lo admiraba y por él lo admiré como un sabio oral, una especie de Diógenes, pero la versión escrita de su sabiduría me parecía medio pesada, como chistes y bromas alargados y aclarados en demasía. Oralmente debió ser en reuniones muy encantador; no lo digo por compensación o por alardear superioridad. Creo que el hijo de él, bastante parecido a Macedonio, deja leer entre líneas la gran admiración que siente por su padre y al mismo tiempo no hay ningún escrito de él que le haga justicia.

¿Y en el caso de Leopoldo Marechal?

Marechal no me gusta nada. Ni siquiera como persona. Era muy solemne, parecía convencido de que iba a ser una estatua.

¿Y trató a Cortázar? Son estrictos contemporáneos (1914).

Él, en un texto que se llama "Diario de un cuento", escribe que éramos muy amigos, que nos queríamos mucho, pese a habernos visto sólo cuatro o cinco veces. Nos encontramos en Buenos Aires y en París. Él tenía, sí, una erre francesa, decía, por ejemplo, es "cologado", pero no porque hubiese vivido tanto tiempo en Francia.

Daba una imagen de inteligencia y serenidad. Era un poco ceremonioso y echaba a la broma también con uno. Saludaba como oriental. A lo mejor de verlo se me ha quedado saludar así a la gente.

Al último estuvo muy enfermo. Quería escribirle y lo fui dejando para mañana y mañana. Y murió. Me sentí avergonzado de mí mismo. Hubiera querido escribirle y decirle el afecto que sentía por él. Pero era una carta difícil: escribirle a alguien para que se vaya con la certeza de que uno lo ha querido mucho. Parecía como una despedida. De lo que escribió prefiero sus cuentos. Sobre todo los de *Todos los fuegos el fuego*.

¿Y Manuel Peyrou era como contaba Borges? ¿Que inventaba historias y se las creía?

Inventaba miles de historias... Era un excelente individuo, triste, muy triste. Tuvo una mujer a quien quería y a la que al parecer no había tratado bastante bien y la había engañado. Un día estaba leyendo y oyó sonar el teléfono. Le informaron que había muerto. Y se llenó de culpabilidad y quedó destrozado por eso durante muchos años. Pero la suya era una tristeza noble. No era buen lector, era haragán, pero se le ocurrían miles de historias.

¿Y el poeta Carlos Mastronardi?

Era muy inteligente y de algún modo desesperante. Borges lo explicaba de este modo: Mastronardi llegó de la provincia de Entre Ríos y los amigos ocasionales de él en ese momento eran, lo que llamamos los porteños, compadritos. Personas que hacen bromas un poco pesadas o estúpidas, que consisten



no en reirse con alguien sino en reirse de alguien. Y le hicieron creer que el centro de la ciudad era el barrio de Chacarita, donde llegaba ese ferrocarril que lo trajo de Entre Ríos. Y creyó eso y después se sintió burlado por sus amigos, porque el centro de Buenos Aires estaba, todos sabemos, lejos de allí. Según Borges exacerbó eso el hecho de que fuera desconfiado. Como todo provinciano desconfiaba del hombre de la capital. Y desconfiaba de todo.

Silvina y yo lo queríamos mucho. Igual Borges. Creo que nos costó traba-

da era la índole o si él exacerbaba deliberadamente la índole.

III

CIUDADES Y RECUERDOS

¿Y cómo es su relación con Buenos Aires?

¿Lo une, como a Borges, "no el amor sino el espanto"?

Yo asocio a Buenos Aires con mis amigos y mis amigas. He tenido la costumbre de caminar Buenos Aires con

Soy amigo del electricista, del panadero, del farmacéutico, de los mozos de los cafés, en fin, de todo mundo.

Usted ha sido muy tanguero. Borges, en cambio, decía que no le gustaban los tangos.

Antes de conocer a Borges, estando un día en el campo, en el partido de Cañuelas, provincia de Buenos Aires, leí que a Borges no le gustaban los tangos. Me resultó inexplicable, porque mi primer proyecto literario había sido una antología de letras de tango. Había unas revistas que se llamaban *El alma que canta* y *Cantaclaro*. Ambas eran antologías de letras de tango y ambas eran rivales. Y yo quería hacer una antología de esas antologías. Y después comprobé que era una de las pocas cosas que había dicho Borges que no eran ciertas; lo que él quiso decir era que no le gustaban los tangos del treinta y tantos en adelante; los que le gustaban eran los primeros tangos. Los tangos que suelen llamarse tangos-milonga y que son de antes del 1900 y del primer decenio de este siglo.

¿Y cuáles son los que prefiere usted?

En general tengo el mismo gusto de Borges. En mi antología dejaría "Ivette", "La morocha", "El porteño", "Una noche de Garufa", "El Royal", "El choclo", "El entrerriano", "Rodríguez Peña"...

¿Y usted es hincha carlosgardeliano?

Por desgracia no me gusta el tango cantado operística y sentimentalmente. Y Gardel lo hacía así. "Ivette", que junto con "La noche de Garufa" son para mí el himno nacional, lo cantaba muy bien y se lo he agradecido toda la vida.

¿Cree que el tango es lo más auténtico en música que se ha creado en Argentina?

No sé si lo más auténtico, pero sí lo que ha tenido más realidad. Por años tuve la impresión de que Buenos Aires era inagotablemente fértil en tangos. Siempre había un tango nuevo para cualquier cosa. "Todo lleva a un libro", decía Ma-



jo aceptar que lo queríamos, que no nos burlábamos de él. Que cuando decíamos algo no era con intención de tenderle una trampa para que él quedara en una posición desairada. Y como era inteligente y vio nuestra buena voluntad, se convenció. Pero era muy difícil. Y tenía cosas un poco absurdas. Era incorregiblemente moroso. Llegaba tarde donde quiera. Según Borges daba vueltas a la manzana a la casa adonde iba a cenar para no llegar a tiempo y no perder su fama de moroso.

Yo lo invitaba a mi casa de Mar del Plata y su cuarto estaba muy cerca del corredor. En Mar del Plata se almuerza a horas mexicanas, porque la gente va a la playa y llega a comer a las tres o cuatro de la tarde. Mastroianni estaba en su cuarto porque había vuelto de la playa o no había salido y se hacía esperar mucho. No sé en qué me-

Borges, con Silvina, con Vlady Kocianchich. He recorrido todos los barrios. Hubo épocas en que nos íbamos todas las noches con Borges a Puente Alsina, que es uno de los puentes sobre un río que está en los límites de Buenos Aires, y otras veces a parque Chacabuco, o a parque Lezama, o a Flores, o a Floresta...

Borges se reconocía con Palermo. ¿Usted con qué barrio se reconoce?

Con éste, La Recoleta, donde vivo, cuyo nombre no me gusta porque me recuerda el cementerio. Pero es el barrio donde nací —en la esquina de Uruguay y Montevideo, que era casa de mi abuela—, donde pasé mi niñez, donde viví hasta casarme. Nos mudamos un tiempo un poco más al norte para luego volver aquí, a calle Posadas. Conozco a todos.

llarmé; "todo lleva a un tango", opinaba yo. Profesores y escritores, con sus interpretaciones y sus elogios, empezaron a arruinarlo.

Ha mencionado usted a Montevideo.

Es una ciudad que quiero mucho y donde me siento feliz, aparte de recordar amores gratos, uno con una francesa, de quien estaba enamorado. En tiempos de Perón, cuando uno se sentía como preso en Buenos Aires, ir a Montevideo era como recobrar la libertad. Y naturalmente se prohibieron los viajes a Montevideo. Eso era ya un despotismo en la minucia. Ahora, en estos años, he descubierto la ciudad de Colonia, frente a Buenos Aires, en la ribera del río de la Plata. Lamento no ser más joven para ir a vivir a esa bella ciudad antigua. Me gusta también Salto, al norte del Uruguay. Lástima que haya ido de viejo.

¿Cree que exista un carácter rioplatense? Lo he oído muchas veces.

El buen lado es aquél. Montevideo es todavía una ciudad humana, aunque la ciudad donde vivo es un barrio y el barrio siempre es más agradable.

En México se le tiene en gran aprecio intelectual y humano.

Yo leí desde muy chico a Ramón López Velarde. Tenía trece o catorce años. Desde entonces estaba preparado para querer mucho a su país. Primero por "La suave patria" de López Velarde, que me sé de memoria, luego por Elena Garro, de quien estuve muy enamorado, y que me hablaba siempre de México, y tercero por Alfonso Reyes, que era muy amigo de mi padre e iba a casa en los años de mi infancia. Las vívidas descripciones de Elena y aquellas conversaciones de Alfonso Reyes en el comedor, donde yo me sentaba a la mesa entre él y mi madre con mi padre enfrente, me hicieron sentir y amar a México aun antes de conocerlo.

¿Qué aprecio le merece como poeta y escritor Alfonso Reyes?

Lo veo como un versificador admirable. Me agradan sus versos. Hacía cosas breves muy lindas. Y era como un escritor enciclopédico: de esos que pueden hablar de todos los temas. Uno puede decir: "Voy a ver qué dice sobre esto Alfonso Reyes". Lo sabía todo y lo dejó todo en un estilo conversado y agradable, que era el de su conversación. Cuando lo leo me hago la ilusión de oírlo. Lo he leído mucho después de haberlo oído y creo no haber olvidado su voz. ¿Usted sabe el formato que tenía,



no? Pequeño, regordete. Y un día llegó a la casa y dijo presentándose: "He aquí el mexicano". Sabía reírse de sí mismo.

IV

EL TERRORISMO DE ESTADO DE LOS MILITARES (1967-1983)

Usted ha reprobado razonablemente a Perón. Yo nunca he entendido el fervor peronista y menos después de la segunda presidencia. Alguien que pone a su mujer, que fue apenas una mediana actriz, como vicepresidenta por el solo hecho de ser él Perón, y se allega personajes como López Rega, creador de grupos organizados de criminales, que anticipan el gran terrorismo de estado de los años del llamado Proceso (1976-1983). El peronismo, por otra parte, es como un comercio de cambalache argentino: cabe desde la ultraderecha hasta

los Montoneros, pasando por ideologías de todos los signos y colores. Pero aun así me parece que el despotismo peronista fue apenas un juego de niños ante la increíble criminalidad de las Juntas, ante la planificación del terror que impulsieron los Videla, los Massera, los Viola, los Galtieri y demás.

Para un argentino eso fue incomprensible. A uno le cuesta saber que en su país se puede llegar a tanta crueldad. Hemos dado muchas pruebas de crueldad: la época de Rosas fue horrible. Uno pensaba: hemos cambiado. Y no.

En los años del Proceso se dio un terror con verdadera eficacia, hasta con gente que no tenía nada que ver. Todos tenemos recuerdos horribles. Yo conocí, al menos, dos chicas, frívolas y de buena voluntad, que fueron asesinadas atrocemente. Una tenía un pasado de pertenecer al peronismo duro, pero cuando era muy chica, y usted sabe que los chicos pueden hacer cualquier cosa. Pueden llegar algunos a tener hasta algo de fascistas, y se les pasa. Y a ella ese peronismo duro se le pasó. Se enamoró de un industrial rico. Sus ideales habían cambiando. Ahora hablaba del departamento que iba a tener y se ilusionaba con su futuro. Su destino probablemente hubiera sido trivial, como el de muchas señoras de buena sociedad. Y los militares la desaparecieron.

La otra era una de las chicas más inofensivas que he conocido. Se prestó a llevar una carta de un amigo de ella, a un amigo de ese amigo, que estaba en Europa. Ese amigo tenía algo. Cuando salió ella de un restorán de aquí junto, La Biela, fue a su departamento, que estaba en avenida Libertador, frente a mi casa, pero más cerca del río. Llamaron a su puerta, ella abrió y al día siguiente el departamento era una mancha de sangre. Y la desaparecieron.

Esos que masacraron a una sociedad inerte fueron los primeros en rendirse cuando, llamados a combate, se enfrentaron en Las Malvinas con una potencia extranjera, que ni siquiera utilizó excesivos recursos.

Pero naturalmente. Van dispuestos a la rendición cuando no son más fuertes. ◇